

Retorno al accidente

...

Abrí mis ojos y el perro que evité atropellar, allí estaba en la ventana del piloto, muy atento a mí. Lo miré y le sonreí esperando una respuesta de su parte, pero parecía asustado aún, sus ojos estaban atendiéndome sobrecogidos, sin emitir el menor ruido de su hocico. Me imaginé que el susto de ser atropellado, le estaba fraguando ciertos temores imposibles de superar. El animal gemía, así que desenrollé mi mano que se hallaba atada a mi abdomen para acariciarle, pero la palma de mi mano me descubrió algo peor. Se encontraba totalmente cubierta de sangre, entonces me asusté y busqué la forma de enderezarme, aunque me doliera muchísimo cualquier mínimo movimiento, necesitaba saber de dónde procedía aquella sangre. Al realizar el primer movimiento noté que mi pierna izquierda estaba totalmente encajada y no conseguía liberarla de la presa que la tenía inmovilizada. Por lo que, con ayuda de mi otro pie, ejercí cierta presión en aquel pedazo de hierro que no me dejaba moverme. Sin embargo, debía buscar el modo de zafarme, pues aquel malestar combinado con la sangre que hallé en mi mano me tenía muy asustada y temía que me pudiese pasar algo terrible.

Cuando efectué el primer intento de empujar, noté un dolor agudo que me estremecía por dentro y me dejaba sin aliento. La respiración se paralizó por un breve instante, dejando sin apenas oxígeno para mi organismo. Tuve que cerrar mis ojos para reprimir mis ganas de chillar desafortadamente, en un vano intento de liberar todo aquel dolor que se fraguaba en torno a mi abdomen.

A pesar de buscar el modo de reprimir mis gritos, el dolor resultaba tan agudo y tremendamente abrumador que tuve que gritar desmedidamente para liberarme de él. Todo resultó un desafortunado intento, puesto que las punzadas seguían produciendo y con mayor ahínco. El dolor me desmigajaba por dentro lentamente, como si me estuvieran acuchillando sin llegar a darme un golpe certero y definitivo que acabase con aquella agonía. Aunque no me rendía a dejarme vencer por aquella situación, por lo que continué buscando la forma de liberarme, sabiendo que sería en vano. Después de varios intentos fallidos, estaba arrepentida de mi decisión y me mantuve muy quieta para poder detener aquel dolor. Al menos hasta conseguir volver a recuperar algo de mis fuerzas. Sentía mi cuerpo exhausto con aquel simple movimiento y sabía que necesitaría ayuda para poder salir de aquella situación, ya que estaba segura de que sola jamás lo conseguiría.

Aquello era como el peor de los infiernos, entre el dolor y mis fuerzas flaqueando, existía una alta probabilidad de que ocurriese algo malo. Apreciaba que la desesperación de no poder reaccionar se estaba transformando en pánico, además me afligía pensar no poder llevar a cabo mis proyectos con Flint. Todo lo que teníamos planeado y, sobre todo, no estar más a su lado, ni tener la posibilidad de comunicarle mi embarazo. Así que solamente me quedaba la posibilidad de que con mis gritos pudiera ayudarme alguien. Me decidí por exhalar todo aquel dolor y expulsarlo con mi voz, chillé retorciéndome entre aquel malestar que se encargaba de acabar con mi último suspiro. No obstante, no me dejé vencer por él y luché con todas mis fuerzas por mantenerme lo más lúcida posible. Puesto que los párpados comenzaban a pesar y mi respiración era cada vez más débil y, lo peor, que no pasaba nadie que me auxiliara por aquella carretera.

Asustada por lo que pudiera pasarme, pensé que mi única alternativa era mi móvil. Marqué el número de teléfono de casa, Rosa tomó el auricular y le chillé casi sin voz que necesitaba ayuda urgente. Apenas me podía entender, pues mi voz se iba quebrando a medida que intentaba explicarle qué me ocurría. Sin embargo,

notaba que ella se esforzaba, pero sin comprender la dureza de la situación y las condiciones que rodeaban mi estado de salud. Finalmente, pude indicarle groso modo dónde me hallaba y pude escuchar cómo gritaba a mi madre que debía acudir a mi encuentro. Pude respirar algo más tranquila al esperar la llegada de mi madre y la de Rosa; ambas conseguirían ayudarme, aunque deseaba que fuera rápido, ya que a cada momento me hallaba peor.

Miré a mi alrededor y el perro me observaba tremendamente asustado, echado en el suelo alejado un par de metros del coche. Sus patas delanteras cubrían su cabeza, al tiempo que sus ojos no perdían detalle de mi coche. Inmediatamente, supe que mis gritos lo habían asustado y estaba tremendamente aterrado. Supongo que me pasaría lo mismo si estuviese en su lugar, así que intenté llamarle, pero mi voz no me lo permitía. Luego, con un pequeño hilo de voz emití un sonido para tranquilizarle, aunque me daba la impresión de que conseguí alejarle más de mí. Aún agazapado en el suelo con el cuerpo temblando, mantenía las distancias conmigo. Hasta sus patas traseras buscaban aliento apartándose lentamente de mí, como si temiera por su vida. Deseaba tanto consolarle, puesto que me sentía tan culpable de su miedo y, encima, él simplemente se había mantenido a mi lado.

El rugido de un motor distrajo la atención de mi pequeño amigo y se centró en los gritos de mi amado príncipe que me llamada desesperado. Escuchaba cómo corría desafortunadamente hasta mí, pues los pasos eran cada vez más apreciables. Al encontrarme, su sonrisa golpeó mi rostro, como una oleada de intenso calor que me dio aliento y fuerzas. Flint observaba atentamente el estado del coche e intentó abrir la puerta pero al moverla ligeramente, un terrible dolor galopó hasta mi pierna; ante mi grito se quedó inmóvil, muy asustado. Me imagino que no quería preocuparme, por lo que su cotidiana sonrisa perfiló levemente sus labios, intentando desafiar al destino, aunque sus ojos no me podían mentir, estaba extremadamente alarmado. Quise acariciarle, pero no deseaba que viera la sangre de mis manos, así que las oculté en el interior del vehículo.

—Sora, ¿qué tal estás? ¿Te duele algo? Intentas llamar la atención, ¿verdad? —soltó una carcajada nerviosa—. No pienses que me vas a dejar plantado en el altar, no voy a dejarte escapar tan fácilmente. Además, solamente nos quedan dos semanas y ya compré el traje.

—Flint, estoy... —se me quebró la voz—, bien, no pasa nada. Ya verás como no tienes que preocuparte... —tragué con fuerza saliva para tomar algo de aliento— de eso.

—No hables, Sora. Ya veo que todo está bien, simplemente permite un segundo para buscar ayuda —sacó su móvil del bolsillo y sonriendo se alejó de mi lado—. Por favor, necesito ayuda, mi novia ha tenido un accidente de tráfico y la veo muy mal. Por favor, no tarden —hubo una pausa—. Sí, claro, en la carretera del río hacia el sur, en dirección a la zona industrial, como a unos diez minutos de la ciudad. Creo que los bomberos deben venir, no puedo sacarla del vehículo sin hacerle daño —hubo otro silencio—. De acuerdo, pero dense prisa, por favor —su voz sonaba realmente preocupada—. Sora, estoy aquí, ¿ok? Solamente voy a ver si puedo desconectar la batería del coche, enseguida vuelvo contigo, mi amor.

—¡Flint! —corrió hacia la puerta, guardando su móvil—, no pienses que te voy a... —me ahogué con mi propia saliva— dejar libre, ni lo sueñes.

—Princesa, sabes que tú eres la única para mí, no digas sandeces. Además, no todos los días consigues a un tipo como yo, tan buen mozo y dispuesto a enfrentarse a tu padre —lentamente desapareció de mi vista, pero su voz permaneció a mi lado.

—No seas tan creído ni arrogante. No creo que sea para tanto todo esto —me costaba emitir mi voz—, estás siendo demasiado engreído.

—Princesa, me estás insultando, jamás hubiera pensado que me trataras así —al instante estaba anclado a la puerta—. Me parece que la que está delirando eres tú, no tienes buen aspecto y me temo que no eres nada coherente con tus pensamientos —su sarcasmo contrastaba con su preocupación—. Seguramente te

arrepentirás de haberme tratado tan mal y no llenarme de elogios como haces siempre.

—Príncipe, sois... —solté una carcajada que me causó un inmenso dolor, aunque continué hablando—: ¡Ay! Me duele... —respiré para recuperarme— lo que decís.

—Sora, te duele mucho, ¿verdad? Quiero la verdad, dejemos las bromas, estás muy pálida y me estoy preocupando —le sonreí, quitándole importancia—. No me hagas eso, no me ocultes nada, necesito saberlo.

Tomó la iniciativa y se quitó la chaqueta, colocándomela por encima, ocultando mi rostro y parte de mi cuerpo, como si me arropara. Sin embargo, podía seguir viendo por un ojo lo que acontecía delante de mí. Luego, se quitó la camiseta y rebuscó entre el suelo, como si estuviera buscando algo. Una piedra apareció en su mano y, se enrolló la camiseta en la mano, pidiéndome que cerrara con fuerza los ojos para que no me hiciera daño. Le hice caso y un fuerte golpe sacudió mis oídos con el sonido de unos cristales desmigajándose. Al abrir mis párpados, el cristal de la puerta que aún quedaba sin bajar estaba totalmente astillado, por lo que insistió con otros golpes hasta conseguir partirlo. Después de varios golpes, logró su objetivo y quitó con sumo cuidado los cristales sobrantes.

—Sora, ¿estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad? —preguntaba alterado e histérico.

—No —negué.

—Bueno, espera un momento, que te quite mi chaqueta —retiró su abrigo y lo sacudió en el exterior del coche—. Ahora, voy a meter la cabeza en el interior del coche, quiero ver cómo te encuentras.

—No, por favor —le supliqué—, estoy bien. ¿Acaso no lo ves? —sonreí al tiempo que descansaba un poco—. Flint, no te... —suspiré— preocupes, no pienso dejarte plantado en el altar. Me nos aún con la noticia que tengo que darte.

—¡Sh! No gastes energías, no pienso hacerte caso, así que más vale que no te resistas. Sabes perfectamente que no puedes evitar caer rendida a mis encantos —Flint sonrió levemente.

—Flint, el perro —di un chillido ahogado.

—¿Qué? —se giró y vio el perro, aún agazapado, medio asustado—. El perro se te cruzó en la carretera, por ello tuviste el accidente —asentí—. Eres increíble, Sora —se quedó pensativo unos segundos—. Ya sé, vamos a adoptarlo, ¿qué te parece? Será como nuestro pequeño, además, veo que te ha estado cuidando en mi ausencia.

—Tienes razón —apenas podía emitir sonido, las letras se confundían entre mis labios.

—Sora, no hables, ¿ok? Nuestro nuevo amigo será parte de la familia de ahora en adelante, no te preocupes. Además, habrá que buscarle un nombre, espera, déjame pensar —gesticulaba exageradamente intentando animarme—. ¿Qué te parece Tobi? —negué con la cabeza—. Vale, seré más original, ¿qué tal perro? Es original y ninguno se llamara como él —le ojeé con reproche—. De acuerdo, no te enfades, me imagino que quedan descartados los nombres de músicos y escritores —asentí—. Oye, no me lo pones nada fácil —se quedó callado, bastante pensativo—; ya lo tengo, Bufón. No pongas esa cara, mira, si tú eres la princesa y yo el príncipe, él será el bufón.

—Vale —sonreí—, aunque habrá que preguntarle.

—Tienes razón —se acercó lentamente al perro—. Tranquilo, no pienso hacerte nada, espera un momento —cuando estuvo cerca, le acarició suavemente y el animal pareció deseoso de conocerle—. Amiguito, nos gustaría saber si quieres formar parte de nuestra familia... Además, de si te parece bien, tu nuevo nombre, ¿Bufón? —el perro aulló y su cola reflejaba su inmensa felicidad entre las caricias de Flint.

—Flint —comenté con un hilo de voz—, ¡TE QUIERO! —los párpados me pesaban mucho y no conseguía mantenerlos abiertos.

—Sora, no puedes cerrar los ojos, no puedes dormirte, tienes que estar consciente hasta que venga la ambulancia —le escuchaba en la lejanía—. ¡Mierda! Estás sangrando, esto tiene mala pinta. Sora, despierta, por favor, no pienso perderte y menos ahora que logré que estuvieras en mi vida. Sora, abre los ojos, por favor.

Con aquellas palabras me fui sumergiéndome en mi propio sueño sin permitirle acompañarme, así que me dirigí sola hacia mi destino. Resultaba gratificante, después de pasar varios minutos sufriendo tanto dolor y sin conseguir ni un segundo de respiro. Además, me sentía feliz y llena de una enorme paz, me hallaba dulcemente llena de cariño, como si no necesitara nada más. Estaba sola, pero no sentía la soledad que me rodeaba, era todo lo contrario. Simplemente deseé poder tener a mi lado a Flint, era lo único que me faltaba para mi completa felicidad en aquel lugar.

De pronto, vi una especie de silueta que se acercaba hacia mí, al principio no resultaba tan nítida, pero luego conseguí distinguirla. Octavio se acercó hasta mí con esa sonrisa tan parecida a la de su hijo, resultaban tan parecidas que no era difícil reconocerlas. Él se acercó hasta mí y me dio la mano, pidiéndome que no tuviese miedo, pues pensaba estar a mi lado. Solté una carcajada y le aseguré que con él jamás temería nada. Él caminó algunos pasos e intentó llevarme, pero permanecí inmóvil, sin hacer caso a su petición. Sin embargo, él continuaba disuadiéndome de que debía acompañarle, pero yo negaba con la cabeza.

Ante mi negativa, preguntó por el motivo de mi falta de obediencia. Inmediatamente, le respondí que debíamos esperar a su hijo, puesto que no pensaba ir a ningún lado sin él. Octavio sonrió y me indicó que eso era imposible, ya que Flint no nos podría acompañar, pero me prometía que pronto nos alcanzaría. Solté una carcajada y le señalé que no pensaba ir sin él. Realmente parecía una niña caprichosa, pues no tenía pensamiento de ceder ante sus deseos, aunque me dijese de todo por convencerme, no podía abandonarle ahora. Además, teníamos a Bufón con nosotros y él debía venir también. Me imaginaba que a Octavio le encantaría conocerle, estaba sumamente segura de ello.

Octavio se sonrió y al suspirar noté alrededor de su cuerpo la intensidad de una luz que le envolvía y variaba. Como si formara parte de él, era intensamente embriagadora y pacificadora, transmitiendo una agradable sensación de cariño. No podía parar de observarle ni de sonreírle, parecía que no había transcurrido el

tiempo por él, estaba como siempre. Así que me preguntaba qué pasaba y dónde me hallaba, pero no me atrevía a realizar la pregunta que planeamos en mi mente, después de tanto tiempo sin verle. Además, me encontraba tan encantada con su presencia que ni planteaba dejarle ni un segundo para buscar a Flint, puesto que éste le ha echado mucho de menos y supongo que aún no ha superado su pérdida.

Un golpe secó en mi pecho me sacudió, no dolía pero resultaba molesto. Octavio se despidió de mí, pidiéndome que cuidase de su hijo y de su nieto. Me quedé extrañada, pues nadie lo sabía excepto Lucí. Sin embargo, de repente los dolores regresaron y sentía como si alguien me alejara de Octavio. Estiré mi mano en un vano esfuerzo de agarrarme a él, pero era demasiado tarde, me hallaba a varios metros de su cuerpo. Grité su nombre, esperando alguna reacción suya, pero solamente hallé una despedida de su parte. Su mano se movía rabiosa y no se frenaba ante nada, como si tuviera un resorte o algo parecido. Ni mis chillidos suplicándole que me ayudara servían para inmutarle, él continuaba inmóvil, observándome mientras me arrastraban en dirección contraria a la suya.

La sensación de bienestar que tenía desapareció en el instante que me distancié de Octavio, regresando los dolores y aquella agonía que sentía. El pánico y los miedos no tardaron en formar parte del conjunto de sentimientos que empecé a apreciar en mi pecho. Entonces, un sinfín de voces retornó en torno a mis oídos, aunque los chillidos de mi madre resultaban más nítidos. Desesperada, intenté abrir los ojos para buscar a Flint y contarle mi breve encuentro con su padre, pues sabía que le alegraría muchísimo lo sucedido. Los párpados aún me pesaban demasiado para levantarlos, así que pensé en llamarlo, pero mi voz estaba tan agotada como el resto de mi cuerpo. Sin embargo, no sé cómo logré emitir un leve sonido y sentí la mano de Flint en mi cara, acariciándola, dándome ánimos y bromeando, como siempre lo hacía cuando las cosas se ponen feas.

De repente, me acordé de las palabras de su padre y, por primera vez, sentí miedo por el feto que se hallaba en mi vientre.

Hasta ese momento, simplemente había buscado la forma de poder salvarme, negándole parte de mi atención a la vida que se concebía dentro de mí. Con el aliento que me quedaba supliqué que no le pasara nada al bebé. Esas fuerzas me permitieron abrir levemente los ojos y encontrar los de Flint, llenos de emoción por la noticia que acababa de comunicarle. Un par de voces en torno a mí gritaban mi embarazo de manera histriónica como si fuera una mala noticia. Flint les exigió que lo más importante era yo y que se preocuparan de mí, relegando la posibilidad de nacer a nuestro hijo. Quise chillarle y negar su afirmación, pero las fuerzas comenzaban a flaquear nuevamente y no conseguía mantenerme despierta ni un segundo más. Así que, mis párpados se cerraron, permitiéndome el placer de dormirme con la imagen de Flint.

A pesar de mi adormecimiento, podía oír con poca claridad lo que se concebía en torno a mi cuerpo. Escuché los gritos de mi padre obligando a Flint apartarse de mi lado y los chillidos de mi madre, implorándole que no era momento para discusiones tontas. Además de cómo Flint negaba sus derechos sobre mí, puesto que él me había renegado como hija y por eso no tenía ninguna obligación de estar allí. Aquellas palabras tuvieron que enfurecer en mayor grado a papá, ya que sus gritos no tardaron en producirse. Entre aquel alboroto, tuve la sensación de que en torno a mí se fraguaba una gran lucha de poderes. Quise levantarme y acallar aquellas voces, aunque no hizo falta, pues la fatiga se encargó de ello.

...

El final de una era

DE VUELTA A LA ADOLESCENCIA

No podía creerme que mi toda mi felicidad pudiera cambiar en un segundo con un simple error. Hasta ahora todo había sido perfecto, habíamos conseguido mantenerlo todo en secreto, pero un despiste ha costado toda la furia de mi madre. Encima, no sé qué puede ocurrir ahora, después de que mi madre me pillara en la cama con Carlos Montes.

¿Acaso era tan difícil ver que tras los apellidos y la rivalidad familiar éramos dos jóvenes enamorados? Resultaba tan simple decirlo, pero tan complicado trasladarlo a la realidad. Así que, ¿cómo es posible que mi mayor felicidad o mi futuro se puedan convertir en una pesadilla?

La furia de mi madre parecía inconcebible ante mis ojos, estaba enloquecida y fuera de control. Me llevaba todo el rato dando tumbos al tirar de mi brazo de forma enérgicamente. Resultaba amenazadora y violenta, como si estuviese poseída por el influjo de algo malvado. A mi menor queja de su maltrato, tiraba con mayor fuerza de mi brazo, haciendo tropezar continuamente al no conseguir estabilizar mi peso, y resoplar de manera iracunda. No podía flanquear sus pasos ni seguirle el ritmo, ya que sus forcejeos me impedían poder caminar con normalidad. Casi me llevó por delante a la muchacha del carrito al salir del portal, pues mamá no esperó a que la mujer terminara de entrar al interior del edificio. Se coló por una rendija entre el carrito y la puerta y al tirar de mí, tuve que sortear el carrito con gran dificultad para no